

AQUÍ YO MANDO

HISTORIA ÍNTIMA DE PODEMOS

LUCA COSTANTINI



Índice

Dedicatoria

1. El búnker
2. Los soportales de Bolonia
3. Tania Sánchez, la madrina
4. El amigo americano
5. Te quiero
6. El racimo de uva
7. *Tu quoque*, Carmena
8. *Chicken Game*
9. La caída de los dioses

Epílogo. Ruleta rusa

Agradecimientos

Créditos

A Laura, Eleonora, Maria y Elena.

1

EL BÚNKER

«¿Me estás llamando errejonista? ¿Me consideras un traidor?», le preguntó enfadado Ramón Espinar a Pablo Iglesias antes de levantarse y marcharse cerrando la puerta de la nueva residencia del líder de Podemos, en el verde y acomodado municipio de Galapagar, provincia de Madrid.

Era un día frío de enero. Más aún en las afueras de la capital, donde el aire era limpio y fresco. Dos agentes de seguridad aguardaban a pocos metros de la entrada de la residencia de Iglesias y su pareja, Irene Montero, número dos de la formación. Ya avanzado el día, llegó al chalet una pequeña delegación de dirigentes del partido. La encabezaba Espinar, hombre de confianza del secretario general, además de compañero de mil batallas y protegido por el propio Iglesias, incluso durante la polémica de especulación sobre un piso social que en su día quitó una pátina de pureza a aquel proyecto que decía poder cambiar por completo España.

El grupo liderado por Espinar se dirigía a una reunión muy delicada. En la residencia se encontraban Iglesias, Montero, sus dos mellizos y la niñera. El encuentro

era reservado y se celebraba en lo que irónicamente varios dirigentes de Podemos llamaban el búnker. Este era y es la residencia de la pareja que lidera el partido: un chalet de piedra, protegido por bajos muros y alejado de la jauría madrileña. El encuentro versaba sobre la estrategia a adoptar ante la mayor traición hasta aquel momento conocida en Podemos. Uno de los fundadores, Íñigo Errejón, acababa de anunciar a través de las redes sociales su desafío máximo: entraba en la plataforma creada por Manuela Carmena, la alcaldesa de Madrid, y concurría a las elecciones regionales fuera del partido.

Errejón se había limitado a enviar en aquella mañana del 17 de enero una breve llamada al móvil de Iglesias. Le informaba de su decisión. Sin más. Minutos después había aparecido al lado de Carmena, ella de 75 años, él de 35, para sellar la alianza que suponía el comienzo de la semana más trágica de Podemos. La efeméride era dramática: el partido estaba a punto de cumplir su quinto aniversario.

En la cocina del chalet de Iglesias, durante la reunión con Espinar, pronto se delinearon dos posturas. La frentista y la aperturista. La primera, cómo no, representada por Iglesias, ya ciego de venganza. La segunda, conciliadora, defendida por Espinar, quien, como su interlocutor, acababa de ser padre. «Está claro que Íñigo es un traidor, pero hoy por hoy no nos conviene hacerle la guerra», era el argumento defendido por el hombre de mayor peso de Podemos en Madrid.

En una guerra siempre hay vencedores y vencidos, mientras que en la guerrilla esa dicotomía se difumina. Y resistir significa ganar tiempo. La guerra de guerrilla era el enfoque defendido por Espinar. Una táctica destinada

a salvar los muebles, incluso si hacía falta apostando por un preacuerdo electoral con Más Madrid, formación a la que todos ya apodaban «el partido de Errejón».

Iglesias llevaba pocas semanas de su baja de paternidad autoimpuesta. Los meses anteriores habían sido duros. Un parto prematuro y de alto riesgo le había hecho reflexionar sobre el sentido de su trayectoria, y en definitiva de su futuro. Errejón, el antiguo compañero y amigo desde los años del activismo universitario y de las primeras tertulias en el programa *La tuerka*, llevaba meses sin visitarle. Si algo de amistad quedaba, aquel anuncio lanzado en Facebook lo había quemado todo.

«No podemos esperar. Tenemos que decir que Íñigo ha creado un nuevo partido y dejarle al margen de Podemos por la vía de los hechos», apostaba Iglesias, azuzado por Montero, siempre escéptica sobre la lealtad de Errejón. Espinar resistía. Sobre todo en lo tocante a la dura confrontación electoral. «Hay compañeros que se irán con él, tenemos que impedirlo». No todo estaba perdido a su juicio. El concepto de «traición» había calado en las crónicas de los medios de comunicación y también entre los inscritos al partido. La fidelidad es una cualidad muy apreciada en los ambientes políticos, así como en el ejército y en los clanes de la malavida. Pero para Espinar había márgenes de negociación. Sobre todo hacía falta evitar que en la periferia el partido se rompiera tal y como estaba ocurriendo en la capital. Quería ganar tiempo y aislar a Errejón, para demostrar el escaso recorrido de su plataforma, y relanzar un proyecto de convergencia en el que podían caber todas las sensibilidades, sin que por ello se perdiera el «espíritu fundacional» de Podemos.

La conversación subió de intensidad. Hasta niveles jamás imaginados por el entonces vicario madrileño de

Podemos. Iglesias empezó a dudar de él. Espinar era el encargado de coordinar a los barones territoriales del partido; eso le otorgaba un poder considerable, aunque el secretario de Organización fuera Pablo Echenique, un pablista de pura cepa. Hasta que la sangre llegó al río. Iglesias acusó a Espinar de ser él también un errejonista, o sea, un conspirador que trabaja en la sombra para desbancarle del trono de Podemos. Una ofensa a la cara. Algo así como tildar en los años treinta a un comunista de trotskista. Y el anticipo de una rápida condena del líder. «¿Me consideras un errejonista, un traidor?», le preguntó enfadado Espinar. Se levantó y se marchó cerrando la puerta del búnker.

Aquella reunión selló la segunda grave desavenencia interna en tan solo cuatro días. Un punto de inflexión, con Iglesias bloqueado en su vivienda e Irene Montero en el Congreso de los Diputados, echando gasolina al fuego de la polémica. Hubo acusaciones a Errejón de oportunismo y arribismo. Se le pidió que evitara acudir a las reuniones (encuentros, por cierto, a los que llevaba un año sin ir). Hasta se le reprochó no renunciar a su escaño, «porque hasta mayo [fecha de las elecciones autonómicas y municipales] de algo tendrá que vivir», dijo Echenique. El búnker, o fortaleza, adquirido por Iglesias para buscar un nicho de relax, se estaba convirtiendo en casi una cárcel. Los dirigentes del partido le acusaron de cerrarse a todo tipo de crítica y estar alejado de la realidad. Todo eso tan solo seis meses después de la feroz polémica sobre su compra.

Fue a mediados de 2018 cuando se filtró la información de que los Iglesias-Montero se habían hipotecado a treinta años para comprar una vivienda en las afueras de

la capital, por un total de 660.000 euros. Una cifra ingente que chirriaba con las acusaciones de especuladores que lanzaban contra sus contrincantes políticos. Y una contradicción con sus promesas de cercanía a los «de abajo», que zanjaron con un referéndum interno y a la búlgara que les otorgó la legitimidad de seguir al mando del partido.

El chalet dispone de jardín, tiene 268 metros cuadrados, cuatro habitaciones y tres baños, además de una piscina que en realidad es pequeña y poco profunda para poder nadar en ella. Un defecto originario que alimentó el enfado de Montero, quien se quejó en privado por el revuelo mediático generado por algo que en su opinión es menor de lo que aparenta. Aun así, sobre el precio a pagar desde el sector inmobiliario aseguran que la operación es un chollo. Que el valor del chalet es de al menos un millón de euros. Mientras que sobre el antiguo propietario sobrevuela un velo de misterio. Nadie sabe quién es. Algo peculiar para una ciudad como Madrid, cuyo círculo de elites es reducido y muy cotilla.

Sectores influyentes de la izquierda madrileña van más allá. Aseguran que detrás de la compra se encuentra el emprendedor y amigo de Iglesias, Jaume Roures. El magnate catalán de la televisión fue quien en los días más duros del golpe a la democracia en Cataluña ofreció su vivienda en Barcelona para celebrar un encuentro entre Iglesias y Oriol Junqueras, líder de ERC. Él se define «amigo» tanto de Iglesias, como de Juan Carlos Monedero y Ariel Jerez, fundadores de Podemos.

En algunas fotos del portal Idealista, que retratan el interior de la vivienda antes de la compraventa, se pueden apreciar en las paredes fotografías de los rostros de históricos líderes del comunismo soviético y chino. Entre ellos, Mao. Rostros del panteón comunista sin duda po-

co habituales para una residencia ubicada en la sierra, a pocos kilómetros de las villas de la burguesía madrileña que sale de la ciudad el fin de semana. Sobre aquella compra sobrevuela una tercera versión, que apunta a los fondos recibidos desde países de América Latina y con los que Podemos supuestamente había pagado las primeras campañas electorales. Pero esa tesis, que circula en los ambientes de la izquierda de la capital, carece de pruebas y los responsables de Podemos siempre han negado tener vínculos financieros con los gobiernos populistas de América Latina (Bolivia, Venezuela y Argentina, entre otros). Sobre este punto volveremos luego.

Sea como fuere, el chalet de Galapagar es importante no solo por la incongruencia ideológica, sino también por la iconografía. Esa residencia para adinerados está en las antípodas del barrio rojo de Vallecas, zona popular de la que Iglesias juró no alejarse nunca. Su mudanza fue leída como el símbolo de la hipocresía de dos dirigentes crecidos como activistas en la lucha por la vivienda digna y social. Como en las antiguas dachas de los secretarios comunistas soviéticos, Iglesias asume la costumbre de invitar a su residencia a varios dirigentes para hablar de manera confidencial sobre todo tipo de asuntos. Antes que Espinar, también Carmena le había visitado para intentar cerrar la candidatura conjunta para el Ayuntamiento, que finalmente fracasó.

El chalet de Galapagar también se ha convertido en el símbolo de la deriva personalista de Podemos. En una palabra: hiperliderazgo. Con ese término se explica la degeneración de un instrumento político pensado como colectivo, pero que ha acabado bajo el mando de un solo hombre, o de una sola pareja. Una formación cuyo

símbolo es el círculo y que se ha reducido a entidad vertical, en la que el líder hace y deshace a su antojo. Ejemplos de este tipo de formaciones se pueden encontrar en varios partidos o movimientos de la época de la pos Guerra Fría. En Italia, por ejemplo, con los partidos de Berlusconi y el Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo y la familia Casaleggio, o en Francia, con Marine Le Pen y Emmanuel Macron. También Ciudadanos, el otro actor de la nueva política española, parece inclinado a ese tipo de dinámica.

El personalismo exasperado del líder político suele conducir a su aislamiento. La obsesión por el poder y el temor a las traiciones le empujan a eliminar a todos los versos sueltos. Se rodea de personas de extrema confianza, pero también de lacayos y de dirigentes intelectualmente modestos. Iglesias comienza a tomar esa deriva en enero de 2016, cuando estalla el escándalo de la *Operación Jaque Pastor*. El Pastor es una jugada del ajedrez pensada para ganar un partido en tan solo cuatro movimientos. Si el adversario no lo neutraliza de inmediato, quien lo practique conseguirá un jaque mate en pocos minutos. En aquella época el partido estaba dividido sobre apoyar o no al PSOE de Pedro Sánchez y su gobierno de coalición con Ciudadanos. Iglesias rechazaba esa postura. Quería dar el *sorpasso* al PSOE.

Todo se precipita con el hallazgo de un ordenador abierto en la sede del partido, y *boom*: se descubre un chat liderado por Errejón en el canal encriptado Telegram con directrices para crear lo que los pablistas llamaron el «partido dentro del partido». Ven que Errejón va buscando apoyos en los territorios, concretamente en el País Vasco, Cataluña, Andalucía y Madrid, para plantar cara al líder de Podemos. En el chat participan una decena de personas. Entre ellas hay dirigentes muy destaca-

dos: Rita Maestre, Sergio Pascual, José Manuel López y Emilio Delgado, entre otros.

Este grupo fija como primer objetivo tomar el control de la federación madrileña. Y de ahí lanzar un ataque global a Iglesias. Empieza el baile de acusaciones e Iglesias reacciona de inmediato. Cesa al secretario de Organización, Sergio Pascual, amigo íntimo suyo y de Errejón. Llevaban años juntos en el activismo de izquierda, pero el juego había acabado. Ahora la cuestión va de política y poder. «Aquí ya no hay amigos», sentenció el líder.

De aquel episodio a la reunión entre Iglesias y Espinar en Galapagar han pasado tres años y el partido es irreconocible. El líder aparece cansado, exhausto, desmotivado. El golpe asestado por Errejón y Carmena es demoledor. Algunos empiezan a hablar de un Iglesias «paranoico». «Cuando uno le va a visitar, tiene miedo a preguntarle dónde se encuentra el baño», ironizan. Desde su época de activismo en la Universidad Complutense de Madrid, Iglesias ha crecido con la idea de que la política es como el arte de la guerra. El Sun Tzu valleciano practica un deporte en el que es esencial adelantarse a su enemigo. Errejón, más hábil con la palabra, aprende de él. Y aplica esa táctica sin remordimientos para crearse un espacio político propio fuera de Podemos, y contra él.

Iglesias se siente sobrepasado. Esta vez no ha visto llegar la jugada. Cerrado en el búnker ha desoído a los que le habían alertado. «Hay un vídeo de hace meses en el que está Errejón abrazando a la masa como si fuera John Kennedy, y empieza a verse la M», comentaban esos dirigentes. Son miembros de Podemos. Pero los

más atentos son los de IU, a menudo ninguneados por Iglesias y su círculo. «Decíamos que ojo, este [Errejón] es capaz de hacer cualquier cosa, pero nos decían que no, que no... hasta el día antes del anuncio. Pero los de Madrid lo que estábamos percibiendo era esto», añaden a *posteriori*.

El fuego amigo es, además, cruzado. En esos mismos días, Carmena sale y ataca a Iglesias. Asegura que no contará en la lista para el Ayuntamiento con ningún dirigente de Podemos. El tercer partido a nivel nacional se acerca al abismo. Puede quedar fuera del Consistorio y también de la Comunidad, donde hace falta recoger al menos un 5 por ciento de votos para tener representación. Las decenas y decenas de trabajadores del partido, acostumbrados en estos años a vivir con sueldos que llegaran hasta los 50.000 euros brutos al año, se echan las manos a la cabeza.

La conjura de Carmena y Errejón, también llamada de las empanadillas, fue un movimiento cocinado y servido en primera persona por la alcaldesa de la capital. Ella llevaba meses alejada de Iglesias y las relaciones eran ya irreconciliables. Se habían reunido tres meses antes, de forma confidencial. Debían debatir sobre los equilibrios de la candidatura mixta, con políticos elegidos por la regidora y miembros de Podemos. Carmena había alertado a Iglesias de que no quería celebrar primarias; que la lista tenía que ser redactada por ella sola, para evitar desbandadas internas. Pero Iglesias le había recordado que las primarias eran obligatorias, que así lo dictaminaban los reglamentos del partido. Rápidamente se rompieron todos los puentes.

Tras intuir el nivel de la conspiración, Iglesias decide que necesita reflexionar y ganar tiempo. Ahora sí lo ve claro. La decisión de Errejón de sumarse a la plataforma

de Carmena fue todo menos extemporánea. Y en la operación colaboran tanto la todopoderosa alcaldesa de Madrid, como Tania Sánchez, su excompañera, que había sido relegada a una posición subalterna en el partido y en el Congreso por su enfrentamiento con Montero. «Tania está en el ajo desde el principio», le aseguran los dirigentes más veteranos. Y el secretario de Organización de Podemos, Echenique, así como Monedero, cargan la tinta de sus mensajes en Internet contra el exnúmero dos.

En la cabeza de Iglesias y de sus dirigentes más afines rebota una idea: que Errejón movió ficha esperando a que Montero volviera de su baja de maternidad, el 9 de enero, e Iglesias se cerrara en el chalet. Prisionero de su decisión de alejarse de la política para dar «ejemplo», deja que Montero ataque: «Los puentes se han dinamitado», afirma en los pasillos del Congreso. En el partido crece el malestar. Hasta que también Espinar tira la toalla. Nadie se lo esperaba. El madrileño no ve amago de acercamiento a Errejón y renuncia a todos sus cargos: el interno y los sillones de senador y diputado de la Asamblea de Madrid. Es un tsunami.

Las paredes de la casa morada empiezan a tambalearse. Iglesias convoca un Consejo Ciudadano extraordinario. Es una reunión en la que la dirección se mide con los dirigentes territoriales. Todos juntos en los poco más de cuarenta metros cuadrados de la sala principal de la sede de Podemos en la calle princesa de Madrid, a los pies de la Gran Vía y a la sombra del Edificio España. Fuera empieza a llover. Los dirigentes locales llegan uno tras otro driblando a los periodistas y las cámaras. Por la mañana se filtra un documento firmado por los barones

de Podemos en el que se pide acercarse a Errejón y la distensión. Quieren seguir la vía Espinar de apaciguamiento. Entre ellos hay pablistas como José García Molina, de Castilla-La Mancha, el único que desempeña un cargo de gobierno. Pero la cumbre se cierra en falso. No hay destitución de Errejón ni una hoja de ruta clara a favor de la creación de una plataforma conjunta con Más Madrid.

Casi después de siete horas, errejonistas (los pocos que quedan) y pablistas se cruzan en los bares debajo de la sede del partido. No hablan entre ellos. «Esto se ha atascado, no hemos votado nada», comentan los errejonistas. Creen que todavía hay margen para hablar. Pero se equivocan. Iglesias, que había intervenido por Skype al finalizar el encuentro, ha decidido su estrategia. Contratará. Habrá guerra y el conflicto será sin cuartel.

Su plan no es nuevo y es conocido en los ambientes del comunismo español. Consiste en evitar que Errejón se presente como una víctima, para que no se convierta en el ganador moral de la contienda. Es lo mismo que le ocurrió a Santiago Carrillo, histórico líder del PCE, en los ochenta. «A Carrillo nunca se le expulsó, ni hubo acta de la comisión de garantía en ese sentido. Hubo una resolución política del Comité Central que consideraba que las posiciones de Carrillo le colocaban fuera de la disciplina y que quedaba autoexcluido del PCE. Esto es lo que ha hecho Íñigo y esta es la respuesta que le ha dado la dirección», recordaba en esos convulsos días de enero uno de los dirigentes más veteranos de Podemos. Mientras, a pocos metros de la calle Princesa, en la calle Ferraz, sede del PSOE, una dirigente socialista comentaba: «Íñigo no sabe la mierda que le va a caer encima».

Ione Belarra, miembro del *entourage* del secretario general, da una ligera pista de lo que ocurrirá en los días

siguientes: «El movimiento secreto de Íñigo ha sido un error y nos ha hecho mucho daño. Pero ahora que se ha ido y ha montado otro partido, toca pasar pantalla y habrá que ponerse de acuerdo con su partido y otro más». La idea del «nuevo partido» será repetida hasta la extenuación por los dirigentes de Podemos. Es la expulsión de Errejón por la vía de los hechos. Podemos ya no es su casa.

Se activa la purga pablista. Todos los asesores errejonistas vienen fulminados en pocas horas. Lo mismo le pasa a los de Espinar. Incluso dirigentes de primera fila sospechosos de comulgar con Errejón o Espinar son alejados. Personas involucradas en Podemos desde el comienzo, que habían comido y hablado con Iglesias hasta hace pocas semanas, están apartadas. Algunos logran salvaguardar un pequeño espacio interno. Pero la noche de los cuchillos largos ha comenzado.

Hábilmente Iglesias y Montero no han descubierto sus cartas hasta terminada la reunión con los barones territoriales. Y solo entonces han dado el primer paso de lo que pronto se conocerá como la «respuesta testostérmica» de Iglesias a Errejón. Es decir, una declaración de guerra que si por un lado llama al ostracismo contra el traidor, por el otro se convierte en la frase que Iglesias empleará a partir de entonces para acallar todo tipo de crítica o debates internos: «Aquí mando yo».